

# PASO A PASO



Asociación de mujeres agroganaderas  
de Álava Gure Soroa

araba  álava  
foru aldundia diputación foral





# PASO A PASO

Asociación de mujeres  
agroganaderas  
Gure Soroa

araba  álava  
foru aldundia diputación foral



Título original: Paso a paso

Autor: © Asociación de mujeres agroganaderas de Álava Gure Soroa

Traducción: © AZ Participación

Revisión: Lidia Salido y © Uzanza Editorial

Maquetación de cubierta: © Uzanza Editorial

Maquetación de interior: © Uzanza Editorial

Edición: © Uzanza Editorial

Colabora: Diputación Foral de Álava

Reservados todos los derechos. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, su incorporación a un sistema informático y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Primera edición: diciembre de 2024

© Gure Soroa

ISBN: 978-84-129336-8-0

Depósito Legal: LG G 00758-2024

Impreso en España

Imprenta: Ulzama Digital. Pol. Ind. Areta, C/ Altzutzate N°51 - 31620  
Huarte. Pamplona - Navarra (España)

## PRESENTACIÓN

Este libro responde a un convenio que Gure Soroa firma con el Departamento de Igualdad de la Diputación Foral de Álava con la finalidad de acercarnos a la vida de las mujeres agrarias y ganaderas que pertenecen a la asociación.

Se trata a la vez de reconocer a mujeres con nombre propio y visibilizar que las mujeres agropecuarias en nuestro territorio han sido un elemento dinamizador en el medio rural, contribuyendo así a la sociedad.

La finalidad del libro no es otra que mostrar la realidad de las mujeres agrarias y las desigualdades existentes entre mujeres y hombres, reconociendo el trabajo de estas mujeres para ocupar el espacio que en la actualidad tienen. No intenta ser un documento histórico ni un estudio sociológico o científico. Simplemente pretende rescatar y reconocer la vida de mujeres rurales dedicadas a la agricultura y a la ganadería para, desde sus vivencias, acercarnos al contexto en el que han transcurrido sus vidas. Desde sus infancias con sus estructuras familiares y formas de convivencia hasta la actualidad con los cambios culturales y de mentalidad que han tenido lugar. En definitiva, el objetivo no es otro que acercarnos a la vida cotidiana de las mujeres del campo alavés.

El movimiento feminista, y en concreto la historiografía feminista que busca conocer el papel de las mujeres en la historia, es fundamental y ha supuesto un avance para toda la sociedad. Por ello, se hace un esfuerzo por recuperar los nombres propios de mujeres que han dejado su huella en la historia.

Las siguientes historias de vida pretenden reconstruir las vivencias de una mujer concreta de una localidad alavesa específica para así, mediante sus

recuerdos personales, intuir las relaciones sociales desiguales que las mujeres de una determinada edad han tenido que vivir, con el objetivo de acercarnos a los avances que han posibilitado que hoy tengamos mayores cotas de igualdad entre mujeres y hombres, en la pretensión de avanzar hacia una sociedad más justa para con todas las personas.

Todas las mujeres entrevistadas son socias de Gure Soroa. Sus voces, sus palabras y vivencias narran la vida de mujeres que han nacido entre 1943 y 1951. Prácticamente todas nacieron en Álava, salvo una, que procede de Torreorgaz, Cáceres. Tienen en común que han vivido en el campo y del campo, y que pertenecen a la asociación de mujeres agrarias y ganaderas alavesas.

Con sus vidas nos acercamos a los últimos ochenta años de historia. Nacen en caseríos, los cuales son unidades de producción de autoabastecimiento con un modo de vida, una mentalidad y una forma de entender la vida propios.

Al acercarnos a sus vivencias vemos las grandes transformaciones que se han producido a lo largo del siglo XX en el medio rural en general, además de, como no podría ser de otra forma, en el campo alavés.

De sus abuelas a sus madres, e incluso generaciones anteriores, las vidas cotidianas desconocidas de las mujeres del campo cambiaron poco. Como mujeres agrarias han vivido la mecanización, la sustitución de la tracción animal por la tracción mecánica, con todas sus máquinas (cosechadoras, tractores...), la sustitución del abonado mineral por el abono orgánico (animal) y un largo etcétera. Antiguamente las transformaciones en agricultura eran intergeneracionales, y ellas a lo largo de sus vidas han vivido y viven profundos cambios en la agricultura y la ganadería.

Además, podemos decir lo mismo de las profundas transformaciones sociales que el feminismo y el movimiento de las mujeres han catalizado, como por ejemplo el surgimiento de la necesidad de rescatar los saberes, las vidas y las voces de las mujeres que tradicionalmente han estado silenciadas. En la actualidad, vivimos un momento en que se rescatan los nombres propios de

las mujeres que han hecho aportaciones en los distintos ámbitos del saber y así podemos conocer a filósofas, escritoras, políticas, científicas, médicas, etc., pues las mujeres siempre hemos formado parte de la sociedad.

Sin embargo no es tan habitual el reconocimiento a mujeres que no son científicas, inventoras, o filósofas, sino mujeres de campo que han vivido en una época en que la división sexual del trabajo era estricta y que han trabajado para lograr su reconocimiento como trabajadoras del campo, incrementar la estimación social del campo, así como el ejercicio efectivo de sus derechos laborales, de participación sociopolítica, económicos... Incluso el derecho a tener tiempo para su ocio. Son mujeres que se asociaron con el convencimiento de que unidas tenían más fuerza; que compartían saberes y que en grupo podían tener mayor incidencia para mejorar las condiciones no solo de sus propias vidas, sino también mejoras para la comunidad y para sus pueblos.

Gracias a todas ellas por abrir caminos para las generaciones que les seguimos.





## AGRADECIMIENTOS

Gracias a las protagonistas por su generosidad a la hora de recordar sus vivencias, ya que son los retazos de sus vidas los que han posibilitado este libro.

Estíbaliz Fernández de Trocóniz López de Arcaute — Andollu

María Pilar Aguillo Cámara — Albaina - Albaita

María Teresa Guerra Fernández — Vitoria - Gasteiz

María Begoña Fernández de Larrea López de Vicuña — Guevara - Gebara

Felisa Galdós Sáenz de Buruaga — Gojáin - Goiain

María del Pilar Guerra Fernández — La Puebla de Arganzón - Argantzón

Adela Ochoa Sobrevilla — Korro

Mari Carmen López de Sabando Arasategui — Larrea

Lucía González de Durana Gamarra — Antezana - Andetxa

Rosa María Martínez de Iturrate Ruiz de Zárate — Otaza - Otatza

María Asunción Lopez de Landache Landa — Ilarraza - Ilarratza

Josefina Morillas García — Hijona - Ixona

María Román Jiménez — Torreorgaz (Cáceres)

María Amparo Díaz Díaz de Junguitu — Aberásturi - Aberasturi

Isabel Berganza González de Zárate — Antezana de la Ribera

Gracias también a Marisa Alonso Gonzalez de Artaza y Judit González de Matauco Goicoechea, porque sin su decisión, ánimo, liderazgo y mil talentos más no se habría realizado este libro. A Estíbaliz Zafaur Palacios por la cuidadosa traducción.

Gracias también a las mujeres que actualmente asumen los cargos de

la Junta Directiva de la asociación por su valentía a la hora de asumir riesgos y lanzarse a este trabajo: M<sup>a</sup> Ángeles García Nieto, Lourdes Etayo Ortiz de Orruño, Elvira Resano Martínez de Antoñana, Nieves Ozaeta Gómez, Resu Montoya Bazán y M<sup>a</sup> Ángeles Tojal Martínez.

Gracias a las mujeres que han leído los borradores y los han mejorado, Martina, Loli, Mercedes y a todas las socias de Gure Soroa que de manera altruista hacen posible la asociación, dedicando su tiempo a hacer que la vida de sus compañeras, la de las gentes de sus pueblos y su propia vida sea cada día mejor.

Gracias a todas las mujeres del campo porque gracias a ellas disfrutamos de la belleza de esas flores que tienen los pueblos y por cuidar de la tierra. En definitiva, por cuidar y sostener la vida.

## LA INFANCIA EN EL CAMPO

Del periodo de la infancia todas las mujeres guardan buenos recuerdos, normalmente unidos desde muy pronto a la vida agraria y familiar.

En el caserío, habitualmente de la familia paterna, podían llegar a convivir hasta tres generaciones. Quienes no emigraban a la ciudad y se quedaban en la casa tenían una fuerte vinculación a la tierra, lo que creaba una vida familiar muy rica e identificada al apellido, a la casa, a la tierra. Además, era muy común tener mucha descendencia, en especial si se compara la familia de entonces con el modelo nuclear de hoy, por lo que la mayor parte de estas mujeres tienen varios hermanos y hermanas que, sobre todo en su niñez, se convierten en amigos, amigas, compañeros de escuela y de trabajo.

Mencionan que, a pesar del carácter autosuficiente de las casas y la falta de algunos bienes concretos, los recuerdos que atesoran de su niñez son, a grandes rasgos, positivos:

«... teníamos prácticamente de todo. Lo que se recogía, primero era para el ganado y lo que sobraba, se vendía». (Entrevista 12)

«Yo no tengo más que buenos recuerdos de mi niñez, muy buenos. Tendríamos igual menos caprichos que ahora. Yo no puedo decir que he pasado necesidad, pero ya te digo...». (Entrevista 3)

A diferencia de las infancias actuales, la de estas mujeres se encuentra transversalmente atravesada por su condición de agraria y de mujer en una época en la que los roles de género estaban fuertemente marcados. Desde

muy pequeñas han entendido «ayudar en casa» como algo natural, llevando a cabo a veces verdaderas jornadas laborales.

«Desde los 7 años nosotras nos hemos encargado del agua para cocinar, que traíamos de la fuente en herradas; y de la leña, que había que subir en unos cestos que teníamos». (Entrevista 7)

Sin embargo, a pesar de que la familia al completo «arrimara el hombro», todas concuerdan en que el reparto de trabajo no era similar para todo el mundo. La división de trabajos en función del género y el lugar que ocupabas en la familia era un hecho. Sobre todo aquellas con hermanos dejan muy claro que las tareas domésticas eran solo cosas de mujeres, aunque hubiera hermanos jóvenes o jornaleros contratados.

«Mis hermanos han vivido en la pieza y a eso yo no iba. Entonces se recogía la remolacha azucarera y mis hermanos hacían la nuestra y luego, como les sobraba tiempo, iban a ayudar a la gente del pueblo. O sea, que hacían también labores para otras personas, pero dentro de casa, los chicos nada de nada». (Entrevista 2)

Además, esta división de roles aprendida en casa, era «lo normal». Todas concuerdan en que antes los hombres no trabajaban en las tareas del hogar, pues así era como se establecía la normalidad en la división de labores.

«Mi padre, si hacía falta algún día por lo que fuera, pues igual ponía la mesa. Pero no decidía nada ni sabía nada de la cocina ni de la ropa...». (Entrevista 7)

«Cuando volvíamos de trabajar, él se sentaba a leer el periódico. Yo me iba para la cuadra y mi tía a preparar la cena. No hacía falta que él dijera nada porque los tres sabíamos lo que tocaba hacer: yo a

ordeñar, la tía a cocinar y él al periódico». (Entrevista 9)

En el caserío los ritmos venían marcados por la tierra, las estaciones, la climatología o la luz solar. Los límites entre el espacio del trabajo y el de la casa no estaban tan marcados como hoy en día, ni para las mujeres ni para los hombres. Sin embargo, sí estaban muy diferenciadas las tareas de las mujeres —todas aquellas tareas necesarias para el cuidado de la vida de todas las personas, animales y plantas que pertenecían al caserío— y el reparto se hacía de forma tan natural que resultaba invisible.

«Entonces las mujeres hacían las labores de casa, las comidas y todas esas cosas y el hombre venía y se ponía con el periódico; o sea, sí, estaban con los animales o lo que fuera, pero en casa...».

(Entrevista 12)

Las distintas situaciones familiares también influyen mucho en las infancias. La pérdida de una mujer en la familia, en muchos casos, suponía que estas niñas tuviesen que abandonar su niñez para adquirir responsabilidades de adulta y sacar así la casa adelante.

«[Tras la muerte de mi madre] cuando cumplí 11 años volví al pueblo para hacerme cargo de la casa... Con 11 años. Hoy veo a mis nietas de esa edad y digo: “Madre mía, ¡¿pero cómo podía yo hacer las cosas con esa edad?!”. Pero así fue. Aprendí haciendo». (Entrevista 8)

«Desde los 12 años [cuando mi madre cayó enferma] yo estuve al frente de la casa. Es lo que me tocó. Yo digo que es lo único que sé hacer. Correr y obedecer. Y ahora me ha valido eso». (Entrevista 4)

De igual forma, tener hermanos menores suponía también un aumento de las responsabilidades familiares para las hermanas mayores, que se veían en la necesidad de «hacer de madre» a edades muy tempranas, para

mantener el hogar y la explotación.

«Antes de que yo cumpliera 10 mi madre había dado a luz a los gemelos, así que yo me quedé en casa a cuidar de ellos. Me tocó hacer de madre de dos con 10 años. Imagina cómo era entonces: sin agua corriente, sin pañales, bajando al río a limpiar las porquerías...». (Entrevista 14)

Las anécdotas que nos cuentan de su infancia están también relacionadas con el trabajo en el campo: sacando a las vacas, sembrando y recogiendo patatas, escardando, dando de comer a los cerdos...



Fotografías cedidas por A. Ochoa y M.<sup>a</sup>

Muchas de aquellas anécdotas tienen también como punto central la amistad. En general, guardan muy buenos recuerdos de las amistades del pueblo: cuadrillas mixtas y de todas las edades; aunque todas reconocen que jugar y salir a divertirse se hacía solo «cuando se podía», ya que la tierra nunca dejaba mucho tiempo libre.

«Solo cuando llovía mucho; si no, siempre en la pieza. En el pueblo éramos quince quintos, así

que sí había buena cuadrilla, pero siempre había que trabajar». (Entrevista 9)

Aun así, cuando les preguntamos por los juegos, nos responden sonrientes sobre el tiempo que han pasado jugando al «esconderite», el marro, el pilocho, tres navíos, a las chapas y a otros muchos juegos, pero siempre juntos, chicos y chicas.

«Lo pasábamos muy bien. Igual daba que tuvieras 6 años que 10... todas las crías y críos del pueblo jugábamos juntos. No teníamos tantas tonterías como tienen hoy, pero lo poco que tenías lo apreciabas mucho... Pero jugar era poco tiempo, porque siempre había algo que hacer, siempre había que ayudar en el campo». (Entrevista 12)

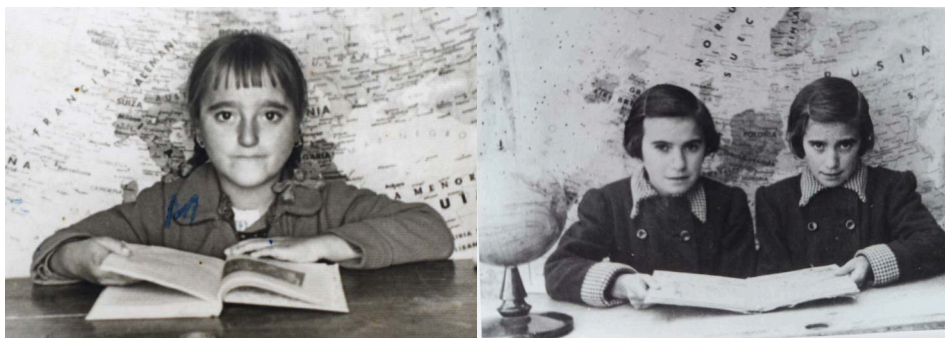
Sin embargo, cuando estos juegos estaban más relacionados con el deporte y jugaban a juegos como el fútbol o la comba, solían hacerlo separados, chicos y chicas respectivamente. También rememoran haber pasado mucho tiempo yendo a por manzanas o recogiendo moras. Los propios juegos eran en ocasiones tareas relacionadas con la tierra que adquirían un tono divertido al ser realizadas en la infancia. Nos relatan incluso haber hecho alguna trastada, cosa que solía acabar con una buena regañina familiar.





## EDUCACIÓN

La educación formal es, quizá, uno de los aspectos que más varía de testimonio a testimonio, pues cobra mucha importancia la figura del maestro o la maestra y el propio pueblo. Ha de entenderse que, en el contexto en que se desarrollan las infancias de estas mujeres, la red de escuelas en el territorio urbano no estaba tan desarrollada como en la actualidad. Muchas de las mujeres proceden de pueblos en los que no había escuela, lo que implicaba que debían trasladarse a un pueblo cercano con más población para poder estudiar.



Fotografías cedidas por M. Román y M.<sup>a</sup> T. Guerra

Estos trayectos, a veces verdaderas odiseas, eran un sacrificio necesario para poder acceder a la educación más básica. Algunas recuerdan cruzar andando nacederos de ríos en los meses más fríos para poder llegar a la escuela, o largos trayectos diarios por carreteras y bosques.

«Íbamos un trozo por la carretera y luego,  
para atajar, cogíamos un caminito que estaba lleno

de matos y salían culebras y lagartijas. Me daba un miedo terrible ese trozo. Yo le decía a mi hermana: no, no, por ahí no». (Entrevista 7)

Además, la falta de escuelas y de profesorado suponía dificultades para alcanzar y mantener el nivel educativo. En ocasiones el alumnado era trasladado de un curso para otro a otro pueblo, bien por falta de estudiantes o de profesores. Además, el hecho de estar todas las edades mezcladas impedía ir avanzando en el temario tal y como lo entendemos hoy. Sin embargo, esta mezcla de edades podía suponer también un aliciente para enseñar a quienes venían detrás o para admirar a las más mayores.



Fotografía cedida por M.<sup>a</sup> T. Guerra

Aunque muchas de ellas no recuerdan diferencias de trato entre chicas y chicos, casi todas mencionan que sí había tareas y actividades claramente diferenciadas. A las escuelas, generalmente mixtas, acudían desde los 6 hasta los 14 años, y era muy habitual que las clases «para niñas», donde aprendían costura y otros saberes, fuesen en horario no escolar: a las noches o en las vacaciones.

«Las chicas teníamos que aprender a hacer ganchillo, bordar y los chicos...». (Entrevista 1)

«Yo me acuerdo de que hice una mantelería a

punto de cruz y una sábana bordada a mano. Casi un ajuar. Lo tengo todavía ahí». (Entrevista 2)



Fotografía cedida por M.<sup>a</sup> C. Lpz. de Sabando

A pesar de ser mixtas, en muchas de las escuelas había una proporción de hombres más alta que de mujeres, ya que estas, desde muy jóvenes, tenían que encargarse de los cuidados del hogar, lo que a veces les impedía asistir a las clases. Si bien es cierto que algunas vienen de familias en las que la cultura prevalecía sobre el trabajo, en muchos otros casos, en el entorno rural, no era así. De hecho, la mayor parte cuenta que iban «cuando podían», esto es, siempre que las circunstancias en el caserío, en el campo, y la situación familiar se lo permitieran.

«Íbamos muchas menos chicas que chicos.

Nosotras íbamos porque a mi padre le parecía que todo lo que cogieras de cultura era bueno».

(Entrevista 3)

No hay que olvidar que eran familias con más descendencia que hoy donde muchas veces estudiar era un privilegio reservado, en caso de necesidad, a los hombres. En muchas familias tan solo los hijos varones estudiaban y las hijas no terminaban la escuela primaria.

«No hubo ninguna explicación. Yo era la

mayor. Supongo que me tocó. Ves que lo tienes que hacer y lo haces. Pudieron estudiar porque ya estaba yo para la casa y para cuidar a la madre». (Entrevista 4)

Esta diferencia venía marcada por la edad y por el género, por el hecho de ser mujer. Sobre todo en el caso de las hermanas mayores, pero no necesariamente, era habitual que fuesen ellas quienes se quedaban a cuidar o limpiar en vez de ir a la escuela. Los varones, en cambio, sí tenían la oportunidad de estudiar, ya que se pensaba que para el trabajo doméstico no hacía falta tener una educación tan amplia como la que debían tener sus hermanos para el trabajo remunerado y, además, porque se consideraba que ellas, por ser mujeres, sabían llevar mejor a cabo los quehaceres domésticos. Para muchas, que se hayan superado estos esquemas y que tanto niños como niñas puedan ir a clase siempre es el mejor de los avances que ha conseguido el movimiento feminista y uno de los mayores logros de la sociedad actual.

«¿Que si había igualdad? No, claro que no éramos iguales. Mi hermano claro que estudió. Se fue a Nanclares y mis hermanas y yo no. Las chicas no estudiaban; con que supieras un poco leer y un poco cuentas, ya valía. Afortunadamente, ha cambiado mucho la vida». (Entrevista 10)

Además, incluso para aquellas que podían asistir regularmente, la carga de trabajo familiar suponía, en la mayor parte de las ocasiones, no tener tiempo para hacer los deberes y no poder seguir el nivel exigido o el que alcanzaban sus iguales. Esta pérdida de nivel conllevaba muchas veces que las mujeres no quisieran seguir sus estudios y abandonasen antes de tiempo el sistema educativo.

«[Montar a la yegua y pasar el cultivador] no era un trabajo duro. Solo tenía que estar subida con las riendas y conducirla para que no se desviase, pero me quitaba el tiempo de hacer los deberes y al día

siguiente me castigaba la maestra por llevarlos sin hacer. Yo no sé las veces que habré copiado: “Tengo que hacer los deberes, tengo que hacer los deberes”. Esa frase a mí ya no se me olvida». (Entrevista 9)

«Iba cuando no había trabajo, cuando llovía. A mí, al final, me daba hasta vergüenza ir porque no seguía el ritmo de los demás». (Entrevista 14)

La sociedad en la que estas mujeres se criaron era una con grandes diferencias sociales. El género era un motivo de desigualdad, pero no el único: la clase social o el hecho de ser de la ciudad o del pueblo también marcaban diferencias importantes.

Estas desigualdades quedaban reflejadas sobre todo cuando estas jóvenes del campo conseguían terminar la escuela primaria con 14 años, ya que tenían la opción de sacarse el certificado primario, para lo que debían trasladarse a Vitoria. Dependiendo del nivel adquisitivo, en algunas ocasiones una posibilidad para seguir estudiando era ingresar en las Ursulinas, un colegio religioso, donde, además de la educación, o mejor dicho a cambio de educarse, las mujeres trabajaban cuidando y limpiando el colegio.

«Eran muy listas las monjas. Era distinto para las que pagaban y las que no. Recuerdo que a una niña de Larrea le dijeron en la puerta que se lavara la cara antes de entrar. Como colegio era muy bueno y a mí me vinieron muy bien esos dos años allí. Aprendí mucho y estoy muy contenta de haber ido». (Entrevista 6)

Sin embargo, lo más habitual era que tras la escuela primaria del pueblo las mujeres no recibiesen más educación, excepto clases de costura y de labores del hogar.

«Nos enseñaban a ser la mujer de la casa. Nos preparaban para que fuéramos amitas de casa.

Para cuidar a los hijos, hacer las labores, coser...».

(Entrevista 7)

En este contexto de educación tan dispar entre pueblos, vemos cómo la figura del maestro o la maestra alcanzaba una importancia vital.

Para algunas mujeres, la maestra o el maestro que tuvieron fueron figuras que les impulsaron a seguir estudiando, y verdaderos referentes vitales. Sin embargo, también hay testimonios de malos tratos por parte del profesorado, que al igual que la falta de nivel, desembocaba mayoritariamente en el abandono de la educación formal.

«Hasta de mayor. Siempre que iba a misa a Urbina los domingos, al salir me pasaba por su casa para ver qué tal estaba. Fue una bellísima persona y un gran profesor. Al final le internaron en Leza. Estuvo allí unos años... Para mí fue como otro padre». (Entrevista 5)

«Nos hacía cantar el “Cara al sol” y no nos lo sabíamos. Luego gritaba “España” y teníamos que decir “una” y él otra vez “España” y siempre había alguno que en vez de decir “libre” decía “dos” y ya estaba liada... Igual que al salir de clase, que teníamos que despedirnos en fila diciéndole “que usted lo pase bien”, “que usted lo pase bien”... hasta que alguno le decía “que usted lo pase mal” y todos para dentro otra vez. Y entonces pin pan, pin pan... [...] Cuando los chavales de esa casa se portaban mal, se encargaba de que les castigaran sin comer. Era un mal hombre. Nosotros les echábamos pan por la ventana». (Entrevista 5)

Por unos u otros motivos, muchas veces se piensa el abandono de la escuela por parte de las mujeres de esta generación como si fuera una

decisión personal. Sin embargo, todas concuerdan en que es uno de los temas que les hubiera gustado que hubiera sido de otra manera: si hubiera estudiado, si hubiera aguantado, si hubiera seguido al menos hasta terminar la escuela... La educación formal es como una espina que se lleva clavada en el corazón de todas estas mujeres. En unos casos es claro que fue una decisión que venía dada por la situación familiar, en otros, quizá no es que las animaran a dejar la escuela en su casa, pero el contexto temporal y geográfico suponía que seguir estudiando significaba mayor esfuerzo que el que una niña de 14 años podía gestionar. Esto nos lleva a plantearnos la premisa inicial sobre el abandono de la escuela en estas mujeres: ¿era una decisión que podía tomarse? ¿Fueron ellas quienes la tomaron?

En la escuela, como ellas mismas dicen, aprendían las cuatro reglas básicas para vender en el mercado y para leer, pero no mucho más, ya que, como mujeres, independientemente de su capacidad, memoria, inteligencia o habilidades, no necesitaban más en una sociedad que de ellas tan solo esperaba que cuidaran. Y, además, el trabajo doméstico se veía como algo innato para lo que las mujeres simplemente tenían más capacidades. Sin embargo, como estas historias de vida nos dejan ver, las habilidades de cuidado no son genéticas, sino que las iban aprendiendo, desde muy pequeñas, principalmente en sus casas.

Las situaciones que nos narran son tan variadas como mujeres relatan sus vidas en este libro, porque cada vida es única y está marcada por el hecho de ser mujer, marcada por la ocupación profesional de las familias de las protagonistas y ellas mismas, por la agricultura y ganadería, la fe más o menos arraigada, la tenencia de tierras y, principalmente, por las figuras de sus propias madres, aquellas mujeres tan desconocidas y trabajadoras que les enseñaron cómo ser y hacer.





## LA RELIGIÓN

La Iglesia ha sido otro de los factores que ha tenido una influencia decisiva a lo largo de la mayor parte de la vida de estas mujeres. Aunque las experiencias, sobre todo en este tema, son únicas y diversas, sí que podemos establecer un marco común: un momento histórico caracterizado por el franquismo en que, valiéndose de la Sección Femenina y de la Iglesia, se educó a las mujeres para ser buenas madres, esposas y amas de casa, poniendo por encima de todo el matrimonio y la unidad de la familia.

«Nos bautizaron a los cinco días de nacer.

En esos tiempos te tenían que bautizar lo primero».

(Entrevista 3)

Cuando les preguntamos por sus primeros recuerdos, muchas veces nos hablan de las misas del domingo, los rosarios y las procesiones de Semana Santa como elementos fundamentales de su niñez y juventud. Además, todas señalan que la vida se organizaba alrededor de las fiestas religiosas.

«Se salía con los pasos. Eso en Albaina se ha hecho mucho y se daba una vuelta grande por todo el pueblo». (Entrevista 2)

«Me acuerdo de ir al rosario de la aurora los domingos. Era a las siete y media de la mañana y teníamos que madrugar para poder llegar».

(Entrevista 11)

Era una sociedad orientada por la religión, que controlaba la moralidad e incluso trataba de convencer, sobre todo a las mujeres, de que la finalidad

de las relaciones sexuales era la procreación, por supuesto siempre dentro del matrimonio. Y si el matrimonio no funcionaba, la responsabilidad era de la mujer, salvo casos muy evidentes.

La cuestión religiosa, especialmente la noción del pecado, era algo asumido por todas, algo que condiciona transversalmente todos los relatos: desde las amistades o los noviazgos hasta las oportunidades laborales y económicas. Sin embargo, opinan que el pecado no pesaba lo mismo para los hombres que para las mujeres, porque a ellas «había que protegerlas más».

«Me pudo el pecado, el qué va a decir la gente, el cómo va a dejar al marido así... Pero yo le hubiera dicho: “Hasta aquí he llegado, no aguanto más”». (Entrevista 1)

«Tengo un par de ellas [de amigas] de las de que antes de casarse, ni tocarse. Yo no. Yo me casé por la iglesia porque soy cristiana. No practico mucho, aunque algo sí voy... Pero nunca me ha pesado la Iglesia en eso: ¿qué tiene que ver la Iglesia con besar a mi novio o con que me toque? Lo normal para conocerse en un noviazgo será que haya de todo, ¿no?». (Entrevista 13)

«¿Mi hermano? No, ese nada de rosarios. Era cinco años más joven, pero, sobre todo, era chico, y claro, siempre a las mujeres... Ya sabes, como que había que protegerlas más». (Entrevista 15)

De igual forma que ocurría con los maestros y maestras, la figura del sacerdote también adquiere un peso fundamental en todas las historias. Encontramos testimonios de abusos por parte de los curas, donde aparecen como personas que abusaban de su autoridad, especialmente con las personas más jóvenes.

«Los domingos por la tarde, después del

rosario, íbamos a catequesis. No tengo ningún buen recuerdo de ese cura. Les pegaba sobre todo a los chicos, a las chicas no. Pero pegar pegar. Los ponía finos. Hoy sería denunciable. En la catequesis, si le dabas una lección, te pedía otra y luego otra y otra... Después del paseo y antes de cenar había que volver a hacer una visita al cura. Te volvía a meter otro rollo. No me acuerdo de nada de lo que nos decía, era un aburrimiento. Por lo menos media hora nos tenía allí antes de cenar. Había padres que venían a buscarnos para que nos fuésemos ya para casa». (Entrevista 14)

Sin embargo, también hay recuerdos de curas como personas de referencia vital, a quienes muchas de estas mujeres acudían en busca de consejos y de quienes obtuvieron grandes lecciones y enseñanzas que atesoran hasta el día de hoy.

«A mí el cura me dio dos consejos que me han acompañado toda la vida. Me dijo: “Mira, Bego. Si te vas a casar a un pueblo, haz dos cosas antes de salir de casa: sácate el carnet, que si no allí te tienen cogida, y arréglate la boca para que puedas seguir sonriendo, porque hay que sonreír siempre, por muy gorda que sea la pena”. Y mi padre dio permiso para sacarme el carnet porque lo había dicho el cura. Eso sí, para presentarme al examen tuve que hacer, que me ayudó mi tía maestra, el auxilio social, que consistía en responder unas preguntas y coser un trapito». (Entrevista 4)

«Lo pasamos muy bien esos días allí con el cura ese. Era muy especial. Dependiendo de adónde íbamos, se ponía y se quitaba la sotana. Se dedicaba

a pedir dinero a las grandes fortunas que había allí para invertirlo en los lugares más necesitados».

(Entrevista 6)

«Yo tenía una prima que le tenía que contar todo al cura. Nosotros no éramos mucho de misas. Íbamos en las fiestas, funerales, el Corpus, pero la misa diaria era a las seis y media de la mañana porque luego había gente que tenía que ir al campo. Pero sí recuerdo esa presión del pecado, aunque no tanto como otras chicas». (Entrevista 7)

El área de influencia de la Iglesia y el control que podía ejercer el cura en algunos pueblos no se limitaba a la religión. Los sacerdotes eran personas con muchos contactos y poder, lo que permitía acceder a puestos de trabajo o contactos sociales muy beneficiosos para todas las familias.

«[Mis hermanas] marchaban poco a poco. Una entró en Fournier. Entonces era muy fácil. Les metía el cura de Aberasturi, que estaba también allí. Había curas entonces que metían en las fábricas a los vecinos. De estos pueblos marcharon muchos chavales». (Entrevista 1)

La religión fue también para muchas una constante a la que aferrarse al mudarse al pueblo de sus maridos. No todas las familias tenían la misma fe y, generalmente, recaía más en las mujeres que en los hombres la transmisión de la fe a la familia.

«Me levantaba los domingos a hurtadillas y me iba al Cristo de Abetxuko sin decirles nada. Oía la misa de las nueve y volvía con el pan, porque los domingos no había panadero. Ellos miraban el pan, pero no decían nada y yo tampoco, porque de eso no se hablaba». (Entrevista 4)

Las mujeres entrevistadas vivieron, creyeron e hicieron suyo este discurso a lo largo de sus vidas, pero a medida que pasaban los años podemos observar que en algunos testimonios se da un distanciamiento del discurso de la Iglesia. La televisión, los avances sociales, el viaje de novios, el turismo y tantos nuevos cambios sociales incipientes ponían en tela de juicio estas creencias, para muchas incuestionables durante su infancia.

Cuando les preguntamos por la religión hoy, aunque muchas responden que sigue siendo una parte indispensable de sus vidas, otras nos responden que han ido «relajándose» o que ya no ocupa un papel tan central en sus vidas.

«Algún domingo ahora se me cuela, no te creas. Aquí tenemos misa un domingo sí y otro no. La semana que no hay aquí, hay en Cerio, y si estoy en Vitoria, vivo al lado de la iglesia también».  
(Entrevista 11)

«Ahora el que no quiere no va. Que lo veo también bien, ¡eh! Que también los curas tienen que espabilar, porque el día de San Isidro nos tuvieron más de una hora en la misa. A gente que no va nunca le metes una hora de misa... ¡pues dan ganas de no volver!». (Entrevista 12)



## LA JUVENTUD

Tras terminar la escuela con 14 años, empieza la juventud de estas mujeres. A diferencia de la infancia, esta etapa la recuerdan con grandes diferencias entre chicos y chicas. Ellos, comúnmente, o seguían estudiando o empezaban a asumir responsabilidades tanto en las fincas familiares como en trabajos remunerados fuera de las explotaciones. Aunque el trabajo en la explotación familiar se solía mantener también.



Fotografías cedidas por A. Ochoa

Sin embargo, para estas mujeres, la juventud fue la primera etapa donde debían compaginar el cuidado doméstico y del hogar con el trabajo en el campo, generalmente no remunerado.

Mirándolo con retrospectiva, muchas sienten que sacrificaron esos años de juventud por el bien de sus familias o de la explotación.

«Yo he sido la pagana de todos, la cenicienta,  
la tonta del bote... Te digo que de buena a tonta no

hay más que un paso y que hay que plantarse en la vida. Porque en ese tiempo te callabas y lo que sea por la paz un avemaría». (Entrevista 1)

Cuando se les pregunta por recuerdos fuera del caserío, algunas mencionan los encuentros para jóvenes que organizaba anualmente la Sección Femenina, donde recibían charlas y talleres de costura y cocina. Estas convenciones servían para inculcar desde jóvenes a las mujeres los preceptos de un ideal femenino que entendía su papel en el hogar como principal función.

«Le llamaban el Servicio Social. Te enseñaban cosas y luego te puntuaban. Un día tenías que servir la mesa a las jefas o limpiarles la habitación. A nosotras nos dieron un diez en limpieza. Limpiamos hasta los armarios por arriba. Luego tenía cosas muy parecidas a la mili. Ibas andando y la señora te decía: “Ese pecho arriba”. Posturas para ir derechas». (Entrevista 7)



Fotografía cedida por A. Ochoa

Las vivencias varían mucho de una familia a otra, e incluso las que provienen de aquellas donde había más libertad son conscientes de que, en esa época, disfrutar de la juventud era un privilegio reservado a unas pocas.

«Para la época que era nos dieron muchísima libertad. No era normal en aquellos tiempos que



unas chavalas de 18 años fueran a Logroño por Nochevieja o a Lodosa por San Blas... Solíamos ir los cuatro hermanos juntos. La verdad es que lo disfrutamos mucho». (Entrevista 6)

«Hemos ayudado, pero en mi casa no hemos tenido esa cosa de trabajo. Yo conozco a gente que no les dejaban pintarse los labios y las uñas. Mi familia era muy progresista, pero había chicas de mi edad con familias muy cerradas». (Entrevista 7)

La juventud también fue la etapa de sus primeros bailes y fiestas de pueblos vecinos, y la mayor parte de las mujeres guarda muy buenos recuerdos de aquella época.

A diferencia de sus hermanos, ellas recuerdan tener estrictas horas de llegada a casa. En todas las familias era habitual advertir sobre el peligro de los hombres y, aunque ellas no entendiesen a qué se refería su familia, sabían las consecuencias de retrasarse y no llegar a la hora.

Los hombres, por regla general, gozaban de mucha más libertad, tanto de horario como de movimiento. Era habitual que ellas solo pudiesen ir a bailes y fiestas de pueblos donde tuviesen familia, o incluso que fuesen acompañadas por un adulto. Ellos, en cambio, podían volver más tarde y, aunque «la liasen más», no les ponían pegas nunca para salir.

«Los chicos no, los chicos yo creo que siempre ha sido más tarde. Yo no tenía hermanos, pero mis primos no tenían que volver a esa hora». (Entrevista 7)

«Ya lo pasábamos bien, pero había mucha diferencia entre chicos y chicas. Las chicas teníamos que volver siempre antes que los chicos. Los chicos cuando quieran, pero las chicas tenían que ir pronto a casa. La que se quedaba más era pilinguí, decían.

Era la vida así. Ya está». (Entrevista 10)

«Cuando empezamos a querer entrar al baile, en mi pueblo, solo nos dejaban ir a las chicas si iba una madre a acompañarnos. Y eso que éramos veinticuatro. Entraba con nosotras al baile y al terminar nos repartía a cada una en nuestra casa. Cada día le tocaba a una madre ir». (Entrevista 13)

Aparte de los bailes, algunas recuerdan también ir a dar paseos con sus amigas o incluso al cine, cosa que requería muchos menos permisos que las fiestas y que, en las familias que podían permitírselo, se veía mejor.

«Para ir al cine no había problemas de permisos en casa, pero para ir al baile... eso ya era otra cosa, y cuando se inauguró la sala de fiestas en Salvatierra, todavía peor. Mi padre me decía: “¡Ten cuidado, ten cuidado! ¡A ver si andáis por ahí como unas locas!” y tú entendías lo que quería decir y no hacía falta decir más». (Entrevista 8)

Para las familias, el mayor peligro que una hija podía enfrentar durante sus años de juventud era «estar con chicos». Las estrictas horas de llegada se veían como mecanismos de protección para las mujeres. Las advertencias de tener cuidado con los varones eran constantes y se transmitían de madres a hijas con historias de vecinas que se habían quedado embarazadas. Las consecuencias de no cumplirlas venían a veces desde las propias familias.

«“Tú ten cuidado con los chicos”. Me lo dijo muchas veces mi tía, pero nunca me explicó nada de eso. Ella era muy reservada». (Entrevista 9)

«La diferencia era que, si llegaba yo tarde, me llamaban de todo, porque estaban convencidos de que si me retrasaba, era porque había estado haciendo algo que no debía. Mi padre muchas veces

me ha llamado marrana por esa razón. En cambio, a mis hermanos, si llegaban tarde, les cerraban la puerta y ya». (Entrevista 14)

El miedo al embarazo no deseado, a ser madre soltera, limitaba su libertad de movimiento y de acción. A diferencia de sus hermanos, ellas no podían ir solas adonde quisiesen, tenían horarios más restrictivos y vivían en una constante preocupación por volverse «pecadoras e impuras».

No todas las entrevistas guardan recuerdos tan positivos de esta etapa. De hecho, en varias biografías ni siquiera existe. En ocasiones, el paso de la infancia a la vida adulta era instantáneo y muchas mujeres cuentan que, incluso antes de acabar la escuela, tuvieron que asumir todas las responsabilidades del hogar. Divertirse, al igual que muchas otras cosas, no dejaba de ser un privilegio.

Lo que es indudable es que la juventud era, a nivel global, una época de transición. En el paso entre la niñez y la vida adulta, estas mujeres tuvieron que hacer frente a cambios no solo sociales y culturales, sino también físicos.

«Convertirse en mujeres» fue un misterio para muchas de ellas. Aunque algunas cuentan que su madre les había explicado lo que era la regla, la sexualidad fue para casi todas un tema tabú, que aprendían «hablando entre amigas y en voz baja». Especialmente reforzado por el ideal católico, hablar de todos estos temas en público estaba muy mal visto, lo que generaba un gran desconocimiento e incompreensión para las propias mujeres.

«Teníamos una amiga que sus padres sí le habían contado algo y ella es la que nos contaba algo.

En el resto de las casas, nada de nada». (Entrevista 9)

La juventud de estas mujeres estuvo llena de batallas para lograr pequeños gestos de autonomía e independencia, que requerían de un posicionamiento social y generalmente no estaban bien vistos en la sociedad. Acciones como llevar pantalones, mucho más cómodos que las faldas para trabajar en el campo, fue para cada una de ellas una revolución. Algunas no han

llegado a ponérselos nunca, pero otras se acogieron a una moda liberadora, cómoda y práctica para trabajar, para salir, para vestir...

«Mi abuelo sí fue una bomba. Decía que le gustaba que lleváramos cosas modernas. Mi madre nos apoyó, pero sí había gente que lo veía muy mal, como un escándalo, como no llevar mantilla en la iglesia, como ir sin medias...». (Entrevista 7)

«... de soltera, nunca usé pantalones en la calle, pero sí me los ponía para estar en el pajar porque eran mucho más cómodos que las faldas. La tía me hizo unos para estar en el pajar con la paja. El tío, como eran solo para trabajar, no dijo nada. En esas cosas de vestir él no se metía mucho». (Entrevista 9)

«Íbamos en bicicleta y con faldas; hacía bien de frío. Yo no me puse unos pantalones hasta que me casé. En el viaje de novios me compré unos. ¡Igual que ahora!, que no nos los quitamos. Pero en aquellos tiempos estaba peor visto que una chica llevara pantalones, así que en bicicleta íbamos, pero con faldas siempre». (Entrevista 10)





Fotografías cedidas por A. Ochoa, M.<sup>a</sup> Román, M.<sup>a</sup> C. Lpz. de Sabando y M.<sup>a</sup> P. Guerra

Normalmente, la juventud termina con la etapa de noviazgo. Hay mujeres que relatan historias de noviazgos muy largos, de hasta 4 o 5 años, con servicio militar entremedias y con el novio siendo uno más de la familia; otros son más cortos, pero en cualquier caso lo habitual era que fuese la antesala al matrimonio. A los novios los conocían en los bailes, las fiestas o a través de amigos o familia en común. Sin embargo, las mujeres nunca debían parecer interesadas en encontrar a ese novio, por lo que se buscaba siempre el recato en su vestuario, muchas veces impuesto desde las propias familias.

«Lo tenían muy claro en esa época. Cuanto más tapadicas, mejor. Íbamos al baile con el único vestido que teníamos y escondíamos fuera las zapatillas que llevábamos para ir andando de Antezana a Pobes. Me acuerdo de que las dejábamos en una alcantarilla y allí mismo nos poníamos los zapatitos para el baile. Mi madre trabajaba mucho mucho; no tenía tiempo para coser. La ropa nos la hacía una modista y nunca hubo una discusión ni de escotes ni de mangas. Eso sí, antes de casarme ya llevaba pantalones». (Entrevista 15)



Fotografía cedida por E. Fdz. de Trocóniz

Normalmente, sobre todo en el área rural, donde casi todos se conocían entre sí, no había problemas con la familia para que aceptasen la relación. Muchas de ellas conocieron a su primer y único novio en torno a los 20 años, y algunas de ellas incluso antes. Más largos o más cortos, los noviazgos acababan siempre de la misma forma: en la Iglesia.



Fotografías cedidas por A. Ochoa

## MATRIMONIO Y MATERNIDADES

El matrimonio era la continuación lógica al noviazgo. Todas las mujeres cuentan una historia bastante similar en este aspecto: tras unos años de noviazgo las familias organizaban la boda, y todo el mundo solía estar de acuerdo. Aunque la edad cambia un poco, generalmente se casaban bastante jóvenes, en torno a los 25 años.

«Este año hacemos las bodas de oro. Yo me casé muy joven, con 23 años. Antes era así, pero es demasiado pronto. Eso es un crimen. A mí me dice ahora una nieta que se va a casar con 23 años y le digo que hasta los 30 y que lo piense mucho, que luego ya iremos viendo...». (Entrevista 14)

Las bodas, a veces compartidas con hermanos o más personas del pueblo, solían ser ceremonias muy familiares y tras ellas era habitual un viaje de novios por España en coche.

«Salimos de viaje y no sabíamos ni a dónde íbamos. Cogimos el “dos caballos”. ¡Fíjate que recuerdo hasta la matrícula! 20625 de Vitoria. Y nos bajamos hasta Cádiz, hasta el Peñón de Gibraltar». (Entrevista 2)



Fotografía cedida por M.<sup>a</sup> B. Fdz. de Larrea

A la vuelta, lo normal era que las mujeres se trasladasen a la casa de su marido, aunque hay algunas que cuentan que, por situaciones concretas, ellas se mantuvieron en su hogar y fueron sus esposos quienes se mudaron. En estas casas, las mujeres convivían no solo con sus maridos, sino también con sus suegros, cuñados y la familia extensa de su pareja.

«Por lógica yo tenía que ir a vivir a su pueblo, a su casa. Era mucho más normal que lo otro en aquellos tiempos. Había que ir y así lo decidimos. Además, cuando yo llegué, no tenían animales. En mi casa sí había cuatro vacas, pero aquí las quitaron cuando fue mi marido a la mili». (Entrevista 12)

«Ya sé que lo normal es que la mujer fuera a casa del marido a vivir con suegros y cuñados, pero mira, yo eso no lo he vivido... También mi abuelo vino a vivir a esta misma casa, que era de mi abuela». (Entrevista 8)

Adaptarse a la nueva situación a veces resultaba muy complicado. Normalmente implicaba también dejar atrás el pueblo, a la familia y todas las



conexiones sociales de la infancia y la juventud. Además, las relaciones con los parientes políticos no siempre resultaban sencillas: muchas recuerdan los primeros años de convivencia como estresantes o frustrantes, y recalcan que en las nuevas casas no se las tenía en cuenta para nada.

«No estaba a gusto. Les parecía mal hasta que yo tomase cualquier iniciativa. Los jueves era un día que yo pasaba contenta porque ellos marchaban a Vitoria. Pero cuando volvían, me daba una tristeza y una angustia... Los domingos íbamos a pasar el día a Aberásturi y no quería volver». (Entrevista 14)

Sin embargo, para muchas la presencia de más familiares supuso un apoyo a la hora de poder compaginar las labores domésticas con el trabajo en la tierra. La figura de la suegra, sobre todo, fue un gran apoyo en muchos casos para la crianza de la descendencia.

«Era muy buena persona y nos llevamos muy bien. Enseguida me pasó los trastos...». (Entrevista 15)

A día de hoy, con retrospectiva, muchas comentan que hubiesen deseado tener más intimidad o haber vivido solas un tiempo. Aunque todas se sienten muy orgullosas de sus matrimonios, haber compartido tanto tiempo sus hogares ha sido algo que cambiarían.

«Yo suelo decir: “Intimidad, ¿cuándo he tenido en casa?”. Si no estaban los abuelos, estaba el cuñado. Si no, venían las otras cuñadas... Es que tela marinera. Con 76 años nos hemos quedado solos en casa. Con 76... Y la convivencia es muy difícil. Hay que vivirla». (Entrevista 2)

«Mis suegros vivieron aquí toda la vida, hasta que mi hija tenía 16 o 18 años. Toda la vida... Toda la mejor vida. Al final, es la casa de los abuelos y todo el mundo tiene derecho a ir allá. Y yo no digo que haya

estado mal, pero a mí me hubiera gustado tener más libertad, pero bueno, así se hizo». (Entrevista 10)

Hay que resaltar que eran otros tiempos. Aunque en los años 60 las familias empiezan a tener mayor nivel adquisitivo y aparece una relajación de las normas sociales y morales anteriores, los roles de cada persona de la familia seguían aún muy marcados. En muchos aspectos no se trata solo de usos y costumbres, sino de que la propia ley marcaba la supeditación de la mujer al hombre: primero al padre y al marido después.

Hasta 1972, la mayoría de edad se alcanzaba a los 21 y para independizarse las mujeres menores de 25 años necesitaban contar con el permiso del padre salvo en dos excepciones: casarse o ingresar en un orden religioso. Incluso en esos casos lo habitual era que también tuvieran el consentimiento paterno.

Hasta 1975 la mujer estaba «obligada a seguir al marido donde quiera que fije su residencia» por ley, ya que así lo establecía el Código Civil, y las mujeres casadas necesitaban la autorización del marido para sacarse el pasaporte. En el caso de querer trabajar ocurría lo mismo: se requería la firma del marido. Para obtener el pasaporte siendo solteras, las mujeres tan solo necesitaban el justificante que mostrase que habían hecho el Servicio Social, una especie de mili femenina.

El adulterio, que era solo de las mujeres, porque en el caso de los hombres se hablaba de amancebamiento, estuvo penado hasta 1978 y el Código Penal recogía que la pena quedaba sujeta a que el «marido agraviado» interpusiera una querrela. También quedaba al arbitrio del esposo la capacidad de suspender el cumplimiento de la pena, con autorización judicial.

Hasta 1981, por ley, los bienes gananciales o la patria potestad eran del padre. La autoridad paterna venía dada por el Código Civil. También hay que esperar a esa fecha para que se reintrodujera en el marco legal la figura del divorcio.

Eran otros tiempos, el matrimonio era para toda la vida, y la familia tenía una estructura clara: madres y descendencia respondían a los deseos y

figura del padre, cada quien con sus funciones. Las hijas e hijos tenían que ser obedientes y las esposas trabajadoras, cuidadoras y comprensivas; mediadoras entre los deseos de esa descendencia y la autoridad paterna.

Las protagonistas de nuestro libro tienen en general una gran opinión de sus maridos. Los califican de ayuda y apoyo, y muchas aseguran que, si les diesen la oportunidad, se volverían a casar con ellos sin ninguna duda.

«Mi marido ha sido una ayuda siempre.  
Nunca me ha puesto ninguna pega ni me ha dicho  
que no a nada. Siempre más bien me ha apoyado».  
(Entrevista 2)

Lo habitual era que a los pocos años de vida matrimonial llegase el primer bebé. La responsabilidad maternal y los cuidados que esta conlleva son una carga de trabajo añadida a la labor necesaria para sacar adelante la casa y la explotación.

«Ni un año, serían justo los nueve meses...  
Yo me casé en mayo y ella nació en febrero. No  
tardamos nada, vamos». (Entrevista 2)

En esos tiempos no se hablaba de la conciliación. Muchas comentan que una de las cosas más duras de la tierra es la ausencia de vacaciones. Las patatas no dejaban de crecer por un parto, ni había que dejar de alimentar al ganado. La época de crianza era verdaderamente una doble o triple jornada laboral para ellas.

«Me veo yo, sacando remolacha allí enfrente,  
con el crío que tendría un mes... Había por lo  
menos ocho obreros y había que darles de comer».  
(Entrevista 3)

La carga del cuidado doméstico y familiar recaía enteramente sobre las mujeres. Los hombres trabajaban fuera de casa, pero dentro no. Muchas opinan que entonces eso era algo normalizado y que el entorno tampoco favorecía a que los maridos cooperasen.

«Recuerdo un día que tenía que subir a vestirme y le pedí [a mi marido] que peinara a una de las hijas mientras tanto. Cuando bajé, me encontré a mi suegra peinándola. Le pregunté por qué no la estaba peinando él y mi suegra me respondió: “¡Qué cosas tienes! ¡Cómo lo va a hacer él?”». (Entrevista 6)

«Pues yo solita. Mi suegra vivía fuera y venía para los nacimientos. Se quedaba una temporada y luego... solita, porque con mi marido se puede contar para muchas cosas, pero para cuidar niños o para recoger la cocina, no». (Entrevista 8)

Cuando comparan sus infancias a la que ellas han dado a su descendencia, ven muchas diferencias. Los hijos e hijas de casi todas tienen estudios universitarios y muy pocos de ellos siguen con la explotación familiar. Si bien a algunas esto les da un poco de pena, nunca les han presionado, al menos no conscientemente, para que cambien de idea.

«No es que yo no les haya animado. Yo es que les he animado a seguir sus estudios y su vida, vaya, y mi marido también les desanimó». (Entrevista 6)

«Por aquí ya no queda nadie que se dedique a esto y yo me alegro de que mis hijos trabajen fuera. Al que miró lo de quedarse le salió la oportunidad de entrar en el KAS, como su padre, y el mayor está también colocado en TUVISA». (Entrevista 9)

Las familias donde sí que ha habido relevo generacional están orgullosas de que su linaje siga ligado a la tierra, pero son muy conscientes de los cambios acelerados y las condiciones que tiene el trabajo en el campo y tampoco han presionado nunca para que su descendencia tomara esa decisión.

«A mí me pareció bien porque a él le gustaba.  
Mi marido le dijo cuando lo eligió: trabajo no te va

a faltar y dinero no vas a tener nunca. Nosotros no le pusimos pegos y estoy satisfecha de que continúe la labor que empezaron sus abuelos y seguimos nosotros». (Entrevista 12)



## VIDA LABORAL

Es complejo aislar la vida laboral de estas mujeres. La mayor parte no saben marcar exactamente un comienzo, y cuentan que antes «se trabajaba desde siempre».

Algunas de ellas tienen cotizados desde sus primeros años de trabajo porque sus padres o abuelos lo hicieron por ellas. Sin embargo, no era lo más habitual: la mayor parte cotizó tan solo en su etapa adulta, y, a veces, ni siquiera durante esos años.

«Mis padres hicieron las cosas muy bien. Esa es la verdad. A mi hermano, que es el que andaba con el tractor, le pusieron un seguro extra por si le pasaba cualquier cosa conduciendo». (Entrevista 6)

La percepción respecto a la cotización de las mujeres varía en función de la familia y del pueblo en el que nos centremos. Muchas personas lo veían como algo inútil, sobre todo en las generaciones de sus padres. Por eso, muchas de sus madres y suegras jamás tuvieron derecho a una pensión.

«Por mi tía, que se quedó como agricultora, tampoco pagaron, pero por nosotras sí, y por mi marido también. Mis padres lo querían como a un hijo». (Entrevista 7)

«Yo, hasta que me casé, trabajé igual que él. El hermano mayor ya estaba fuera y éramos nosotros los que llevábamos la explotación con los padres, porque los pequeños estaban estudiando en Alegría

y en Vitoria. Pero ya ves, por él sí cotizaban y por mí, no». (Entrevista 14)

Algunas comentan que sus padres cotizaban por sus hermanos varones, pero no por ellas. Existen incluso testimonios de casos en los que no comenzaron a cotizar hasta llevar más de 25 años trabajando en la explotación, o incluso nunca llegaron a hacerlo. En estos últimos debe destacarse que, por ende, no se contaba en ningún caso con un seguro agrario.

«Aquí llevaba los papeles un tal Puelles, de Alegría, y no llevaba bien las cosas. Decía que lo teníamos todo metido en líquido imponible o algo así, pero la verdad es que no cotizábamos y no teníamos seguridad social». (Entrevista 1)

Para estos trámites muchas veces se dependía de que personas de las ciudades o pueblos más grandes, que no se dedicaban al mundo agrario, gestionasen correctamente el dinero. Muchas cuentan experiencias de estafas a la hora de intentar cotizar el trabajo agrario, entre las que encontramos situaciones como pagar a personas que se quedaban con el dinero o descubrir años más tarde que habían cotizado mucho menos de lo que ellas habían pagado.

«Yo le expliqué lo que nos contaba el de Alegría, lo del líquido imponible, y dijo que eso era una estafa. Este jefe de sindicatos le metió mano y con el tiempo se descubrió que había hasta gente de la zona sin registro de nacimiento, porque se metía al bolsillo el dinero y ni los registraba». (Entrevista 1)

«Cuando me tocó ir a lo de la jubilación a la Seguridad Social, me dijeron que eso no constaba por ningún lado. Yo les enseñé los cupones y los sellos de todos esos años firmados por ese secretario, pero no hay manera. Ahora está un hijo moviéndomelo, pero creo que no se va a poder. El secretario ese se



quedaba con el dinero y no ingresaba donde debía».  
(Entrevista 9)

«¿Sabes por qué? ¿Sabes qué pasaba? Que el que cobraba se lo quedaba. Se lo quedaba para él y era alguien que estaba muy cerca de casa. Y eso le pasó aquí a mucha gente... y era el mismo».  
(Entrevista 15)

Aunque estas mujeres han trabajado lo mismo o más que los hombres de su entorno, sus voces nunca han sido escuchadas a la hora de tomar decisiones. Incluso cuando su sueldo suponía la mayor parte de la economía familiar, generalmente por enfermedades o lesiones de los maridos, prevalecían siempre las opiniones masculinas.

«Me acuerdo que compramos unas tierras para un cuñado que quería hacerse una casa y la pagaron los suegros. Costó el terreno más que un piso en Vitoria. Yo le dije a mi marido que no me parecía bien, porque ese dinero debía ser para la jubilación de ellos, pero se hizo de esa manera; mi opinión no sirvió para nada». (Entrevista 1)

Ni siquiera en los casos en los que la explotación agraria estaba a su nombre, cosa que sucedía cuando eran ellas quienes heredaban de su familia, se las tenía en cuenta para decidir.

«Antes de casados las tomábamos a medias entre mi padre y yo. Pero después, aunque yo era la titular, mi marido era el que decidía». (Entrevista 11)

Es, entre otras cosas, por este silenciamiento que tan habitual ha sido en las décadas anteriores por lo que iniciativas como este libro, que ponen en valor y recuperan las experiencias y vivencias de estas mujeres, son tan necesarias todavía en la actualidad.

Aunque el trabajo de estas mujeres ha sido principalmente agrario,

algunas recuerdan episodios de trabajo en su juventud desligados del mundo rural: sirviendo en casas, en tiendas o talleres pequeños... Esos sueldos propios fueron para algunas el primer contacto con la libertad y la autonomía, al menos en el ámbito financiero.

«Mil pesetas me daban. Yo les compraba cosas a mis hermanos, pero en casa no tenía que dejar nada. Mi madre me decía: “Eso para ti, eso para ti”. Fíjate, con mil pesetas qué podía hacer yo...». (Entrevista 2)

El trabajo remunerado acabó para muchas de ellas con la boda. Comentan que de «forma natural» se decidía que ellas se quedaran en casa para cuidar de la prole y del hogar, aunque generalmente también se encargaban de muchas tareas de la tierra. A pesar de que todas admiten que nunca dejaron de trabajar —pues el trabajo doméstico es tan duro como el agrario—, la mayoría de ellas tampoco cotizó por esos años.

«Hemos trabajado mucho. En casa, entre mi suegra y yo hacíamos todo, y fuera de casa también he hecho mucho. Ibas a la pieza, ordeñabas las vacas o al borde a poner patatas. Decíamos: “Vamos a la oficina”, y nos poníamos a envasar patatas. Ahí hemos metido más horas que los tontos, a mí me dolían los pies... Ya no sabías ni cómo ponerte». (Entrevista 2)

Todas concuerdan en lo exigente que es el trabajo agrario: sin fiestas ni vacaciones y con muchas dificultades para conciliar un trabajo dentro y fuera del hogar. Es común en los testimonios el agradecimiento al resto de familiares —generalmente mujeres— por la ayuda para poder sacar todo adelante.

«No tengo ningún mal recuerdo de aquella época, pero había mucho trabajo. Mucho trabajo. No había ni un día de fiesta. Como los suegros estaban

en casa, podíamos salir alguna vez por la noche después del ordeño a dar una vuelta a Vitoria y la hija se quedaba con los abuelos. Ellos dormían abajo y nosotros arriba, pero si nos íbamos, mi suegra subía para quedarse con ella. Si había que quedarse, se quedaban». (Entrevista 10)

«¿Vacaciones? Nosotros nunca hemos podido salir de vacaciones. Y si no sales, pues no te pide salir. Si sales y luego no puedes salir, pues entonces sí que echas en falta las cosas». (Entrevista 12)



Fotografía cedida por I. Berganza

Aquellas que sí que mantuvieron el trabajo rural asalariado remarcan las dificultades de ser mujer en un sector tan masculinizado como es el agrario: problemas con la administración, con el resto de compañeros del sector...

«He tenido muchos líos por ser mujer y ganadera. Muchos. Me han llegado hasta papeles rechazados de Madrid porque no admitían a una mujer como titular de la ganadería. [...] Allí estábamos treinta y dos. Y yo, la única mujer. A mí las mujeres de Zigoitia no me han conocido hasta hace

unos pocos años. A mí me conocían los hombres».

(Entrevista 5)

Explican que «ganarse el respeto» del mundo rural siendo una mujer es algo muy complejo, que solo se consigue estando siempre la primera y para todo lo que se necesite, pero que, con el tiempo, los hombres acabaron reconociéndolas y confiando en ellas incluso para hablar en nombre del colectivo agrario.

«Cuando tuvimos los problemas de las cuotas, nos plantamos delante del Gobierno Vasco y nos dijeron de subir. Enseguida me dijeron a mí: “Toma, toma, sube tú”». (Entrevista 5)

Debido a esta masculinización del sector, lo habitual era que fueran los varones quienes heredasen la explotación, y que las mujeres trabajasen en la de sus maridos.

Todas están de acuerdo en que ganarse ese respeto nunca fue tarea fácil. No les hacían caso simplemente por ser mujer. No era raro que exigieran hablar con sus maridos, padres, hermanos e incluso hijos, en vez de con ellas.

«Y no me hacían caso por ser mujer. Solo por eso. Una vez fui a Diputación porque nos habían hecho una muy gorda con un camino que pasaba por aquí y me dijeron en Diputación: “Mejor que venga su marido”. Y yo les dije que estaba en el hospital... Pues no me hicieron ni puñetero caso». (Entrevista 4)

Estas mujeres han vivido supeditadas toda la vida a los hombres, y su esfuerzo y trabajo no han sido nunca reconocidos como lo hubiesen sido de no ser por su género.

«Nos han crucificado, esa es la verdad. Pero si te quejas y empiezas a denunciar, ya eres mala». (Entrevista 4)

Sin embargo, el trabajo no acaba nunca. Muchas de ellas, incluso después de abandonar el campo, siguieron trabajando: creando sus propios agroturismos o sus propias empresas de productos naturales, como queserías.

«Fue una apuesta arriesgada porque económicamente nos metimos hasta el cuello, pero abrir la quesería ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida».  
(Entrevista 8)

[Insertar fotos cedidas por M.<sup>a</sup> C. Lpz. de Sabando]



Fotografías cedidas por M.<sup>a</sup> C. Lpz. de Sabando

Hoy en día, la mayor parte de esos trabajos los continúan sus hijos e hijas, aunque muchas reconocen que siguen ayudando en todo lo que pueden.

La necesidad de cotizar por el trabajo queda patente, sobre todo ahora que están jubiladas. Para muchas, la pensión que reciben en estos momentos es el primer dinero propio que tienen, y hasta abrieron cuentas bancarias personales para poder gestionarlo.

«[El director del banco, que era amigo,] me dijo que para qué quería otra cuenta, si ya teníamos una donde estábamos los dos y yo le contesté que mi jubilación era para mí. Se quedó que no sabía ni qué decir y luego se echó a reír. Me pidió que por lo menos pusiera a mi marido de autorizado para evitar

líos y le dije que eso bien, pero que la cuenta a mi nombre, que era mi jubilación». (Entrevista 8)

Sin embargo, no todas tienen la misma suerte. Muchas no tienen una pensión digna después de una vida trabajando en el campo y en la casa.

«No cotizé nadie por mí hasta que tuve 30 años y me he podido jubilar, pero con una miseria». (Entrevista 14)

## SITUACIÓN ACTUAL DE LAS MUJERES Y EL CAMPO Y CAMBIOS QUE ELLAS VEN

Cuando se les pregunta por la situación actual del campo, nos hablan sobre todo de los cambios que ellas han vivido: aumento del individualismo, pérdida de las relaciones familiares...

Muchas están de acuerdo en que la vida social de los pueblos ha disminuido y en que la gente se queda mucho más en sus casas. Eso lo ven reflejado también en el escaso número de tiendas y comercios locales, frente al auge de multinacionales y franquicias, inexistentes en su juventud.

«Las cosas son distintas, pero no sé si son mejores o peores. La primera vez que fuimos a Irlanda, hace ya años, a visitar a la hija que vive allí, solo vi centros comerciales, no había tiendas. Y mira, ahora estamos aquí igual; en poco tiempo solo habrá comidas preparadas en los supermercados».

(Entrevista 3)

Cuando se incide sobre la situación de las mujeres, comentan que ha mejorado mucho, si bien sigue siendo muy complejo conciliar el trabajo y los cuidados. Coinciden en que, aunque el formato y tipo de trabajo han cambiado mucho, las mujeres siguen trabajando mucho.

«A mí, cuando empiezan las mayores: “nosotras hemos trabajado, nosotras nunca hemos tenido horarios...”. Yo veo ahora a mis hijas y a mi nuera y también curran. Se critica mucho y tenemos

la manera de decir “aquellos tiempos fueron mejores” o “lo hicimos mejor”. Yo no creo eso; son circunstancias distintas de la vida». (Entrevista 3)

Cuando hablan de sus hijas y nietas, que han abandonado casi todas el campo y el mundo rural, es donde más vemos lo mucho que ha cambiado todo.

«Pues no sé. Mi hija, por ejemplo, trabaja en el Gobierno Vasco. Yo creo que ella está contenta, pero también tiene unos horarios que no sé yo. Desde luego, a ella el campo le queda muy lejano. Nunca le ha tocado». (Entrevista 2)

Este descenso del número de mujeres en las explotaciones lo relacionan con que en la actualidad no están dispuestas a aguantar tanto como ellas hicieron. Esto se ve como un avance positivo por unas, pero con añoranza y tristeza por otras.

«Con todo, no hay mujeres ahora en el campo. No se aguanta lo de antes». (Entrevista 1)

«Yo no creo que lo hicieran. No sé si es que nosotras hemos tenido más aguante para tolerar todo lo que nos han echado encima». (Entrevista 2)

Hablando en retrospectiva, algunas comentan que creen que ni ellas mismas aguantarían en la actualidad lo que soportaron en su momento. Sin embargo, es cierto que eso lleva a una drástica disminución del número de mujeres agrarias.

«Es que creo que ahora tampoco lo aguantaríamos nosotras. Yo creo que me plantaría. Yo creo que de buena a tonta va poco, e igual todo lo que nos ha pasado es por eso». (Entrevista 2)

Este cambio de valores se ve reflejado en todo el cuidado hacia las personas mayores. Se recuerdan a sí mismas sacrificando mucho y haciendo del cuidado una forma de vida, y ver que ese sentimiento decae en las mujeres



más jóvenes es percibido a la vez como algo valiente y liberador, pero triste e incomprensible.

«Un día en una reunión coincidimos tres mujeres: yo, la mayor, otra de 50 y tantos que podría ser mi hija, y otra de 17 o 18 años, como mis nietas. La joven dijo que ella, cuando su madre sea mayor, la llevará sin dudarle a una residencia. Yo en aquellos tiempos tenía a mi padre en casa con Parkinson. Fue muy duro y escuchaba a la cría decir eso y por un lado la comprendía, pero a la vez no entendía cómo podía decirlo. No sé explicarlo, pero así fue. Por un lado, le comprendía perfectamente y por otro me resultaba imposible de entender». (Entrevista 5)

Piensan que las mujeres ahora mismo valoran más su libertad y buscan tener más tiempo para ellas, lo que, en general, perciben como algo positivo.

«Hay muchos cambios y son a mejor. Y yo me alegro. Mis hijas han ido donde han querido y han vivido como han querido». (Entrevista 8)

Comentan que antes las mujeres vivían con más miedo que ahora: a quedarse embarazadas, a la droga... Pero que se ha avanzado mucho, hasta el punto de que las mujeres pueden soñar, algo que ellas ni se imaginaron.

«Sí que han avanzado en muchas cosas, en estudios, sobre todo. Pueden hacer deporte, nosotras no podíamos hacer nada. Ahora pueden perseguir sus sueños, nosotras ni nos lo planteábamos». (Entrevista 14)

Sin embargo, no solo perciben cambios para las mujeres agrarias. Las diferencias más cercanas las ven en su familia: nietos, yernos...

Les cuesta mucho reconocerse a sí mismas en la juventud actual, que alguna tacha de más «infantil» que en su tiempo.

«Yo ahora los veo como más infantiles. Nosotras a su edad éramos más responsables. Yo a su edad ya andaba cuidando a mis hermanos, como era la mayor...».

(Entrevista 2)

Piensen que ahora la gente joven está menos dispuesta a ayudar y que se ha perdido mucho el sentimiento de comunidad y de unión que tanto caracterizaba al campo.

«Antes todo el mundo estaba a trabajar. Si había que ir a la pieza, iban todos. Ahora cada cual tiene sus actividades: si el padre trabaja en el campo, no tiene la ayuda de su mujer si ella trabaja fuera, ni la de los hijos que siempre tienen sus cosas... Eso de ayudar todos se ha perdido». (Entrevista 15)

Sin embargo, sí que ven una mejora lenta pero importante en el papel de los hombres respecto a los cuidados: los ven cada vez más involucrados en ellos, asumiendo más carga del trabajo doméstico. Aun así, aseguran que aún queda mucho por recorrer; que hay que empezar cambiando la educación para poder ir moldeando los roles de la pareja.

Con todo, esto lo ven también como una consecuencia de la inserción de las mujeres en el trabajo remunerado fuera del hogar. Creen que ahora las crianzas son más complejas y requieren de más ayuda externa.

«Ahora trabajan los dos fuera, trabajan los dos en casa, se ocupan los dos de los niños, y no dan abasto... Y tienen tanta ropa y tantas cosas... Te pones a doblar y a ordenar y no acabas nunca».

(Entrevista 9)

Aun así, dejan muy claro que ellas también trabajaron mucho y que el hecho de que los hombres se involucren en el hogar tiene más que ver con los cambios que se han hecho en la educación y en las familias.

«Hombre, ahora los jóvenes tienen más

libertad, es completamente distinto, pero yo tampoco tengo un mal recuerdo. Ahora los hombres colaboran en casa y eso está genial. Dicen que es porque ahora ellas trabajan... ¡Madre mía! Yo también trabajaba, pero antes los hombres no han sabido hacer eso... Yo estaba igual de cansada que mi marido cuando llegábamos a la noche y yo me ponía a hacer la cena. Entonces llamaban al timbre y yo bajaba a vender leche, y cuando subías... allí estaban todos esperando que volvieras para seguir haciendo la cena. Eso sí estaba muy mal». (Entrevista 10)

Aunque todas perciben que la incorporación de las mujeres al trabajo fuera del hogar es algo positivo, también piensan que eso hace que ahora estén mucho más «atadas» a sus horarios, lo que supone más conflictos para la conciliación.

«Yo, con todo lo que he pasado, siempre podía parar un día para lo que fuera, para ir a las fiestas de Nanclares o para cualquier cosa. En ese sentido, ellas están más sujetas de lo que he estado yo». (Entrevista 11)

Sin embargo, el hecho de que las mujeres tengan un salario compensa por la libertad que esto supone para ellas.

«La mayor diferencia que veo es que ellas tienen un salario que yo no he tenido nunca. Y aquí hubiera hecho falta. Nosotros no hemos tenido muchas tierras. Éramos una familia bastante humilde». (Entrevista 11)

De cara al futuro, todas concuerdan en que todavía queda mucho trabajo por hacer. Aún existen desigualdades entre hombres y mujeres que en el ámbito agrario son si cabe más patentes.

Nos hablan de que es imprescindible que los hombres se conciencien de la necesidad de luchar por la situación de la mujer agraria y de que todas tengan una nómina y estén dadas de alta en la seguridad social, ya que ahora viven y han vivido la libertad que da tener una independencia económica que casi ninguna de ellas tuvo en su vida.

«La mujer tiene que autorrealizarse a sí misma y para eso hay que convencer a los hombres. No hacemos nada solo con decirles, con hablar entre nosotras, las mujeres. Hay que pillar a los hombres. Necesitamos que más hombres hablen así, porque cuando los hombres le oyen a un hombre, le creen más». (Entrevista 3)

Además, no solo ven necesaria la lucha de las mujeres por la igualdad de género. Hay mucho trabajo para mantener nuestros pueblos y cuidarlos; hay que luchar para obtener precios justos, políticas que favorezcan al campo y mejorar el papeleo y la burocracia.

«Hay que luchar por que los precios sean justos. Que se sepa lo que se paga al agricultor y lo que paga el consumidor. Hay que regular eso». (Entrevista 12)

Cuando les preguntamos qué les dirían a las mujeres agrarias que empiezan ahora, la respuesta es casi unánime: las mujeres en el campo tienen todavía mucho por lo que luchar.

«La mujer que esté en el campo tiene que luchar. Ahora están más preparadas que nunca y tienen que trabajar para cambiar las cosas, para mejorar». (Entrevista 3)

Hacen hincapié en que no desesperen; que no tiren la toalla, que merece la pena concienciarse y movilizarse por mantener la convivencia y el modo de vida rural. Por eso hablan de la necesidad de poner en valor la vida

agraria, para que cambie la percepción externa.

«El campo no está bien visto en general por todos los sitios. Es como las empleadas de hogar, tampoco estaban bien vistas, como si fueran algo más bajo, y a mí me parece que hoy al campo le pasa igual y que tenemos que subirlo nosotras. Tenemos que estar orgullosas de pertenecer al campo». (Entrevista 13)

«Yo les pido que no tiren la toalla. Que merece la pena. La gente del campo es más feliz en el campo que en la ciudad». (Entrevista 5)



## GURE SOROA

Si hay algo en lo que todas concuerdan es la sonrisa al hablar de Gure Soroa. Les pedimos que describan con una palabra lo que ha supuesto para ellas: liberación, vida, aprendizaje, amistad, lucha, crecimiento...

Para muchas entrar en la asociación fue experimentar por primera vez la libertad. Gure Soroa fue y es un espacio para mujeres agrarias, donde conocerse y reconocerse.

«A Gure Soroa le debo mucho porque había que ponerse guapa y salir. Sin Gure Soroa para mí no habría habido ni charlas, ni excursiones, ni salidas».  
(Entrevista 1)

«Fue una época maravillosa, me emociono de recordarlo. Recuerdo nuestro primer viaje a Comarruga. Fuimos a un hotel más malo que malo y hacía un frío... ¡Pero cómo nos lo pasamos! Era la primera vez que salía de casa sin mi marido. Aquello me pareció increíble. Yo volví a casa encantada».  
(Entrevista 10)

Entre las charlas y talleres que recuerdan destaca uno en que se les propuso presentarse, pero sin decir quiénes eran sus padres o sus maridos.

«Oye y costaba, no te creas. Es que siempre se ha hablado así». (Entrevista 4)

La asociación ha ayudado a que estas mujeres se reconozcan a sí mismas y se den cuenta de todo el potencial que tienen dentro del mundo rural. Así, ha

servido como espacio de encuentro y crecimiento para mujeres de todo Álava.

Además, nació con el objetivo de crear espacios donde mujeres de distintos pueblos pudiesen conocerse y juntarse para hablar de lo que les une a todas: la experiencia vivida como mujer agraria.

«Al principio, cuando se creó, pienso que se buscaba que las mujeres salieran de sus pueblos. Yo no tenía esa necesidad, pero no me parecía mal porque sí había mujeres que necesitaban eso». (Entrevista 6)

Recuerdan charlas de empoderamiento, viajes, talleres... La mayoría de ellas cuentan que con Gure Soroa hicieron su primer viaje en solitario, sin padre o marido.

«Salir de casa, viajar, son cosas que nunca me había planteado hacer sola por mí misma. Siempre había salido con mi marido y los niños o con una amiga». (Entrevista 14)

«Lo vi claro. Yo tenía 50 años y eso lo hice sola. Fue una liberación. Lo que hemos aprendido en esos cursos de conocimiento... A mí Gure Soroa me dio media vida». (Entrevista 1)



Fotografía cedida por J. Morillas



Tras muchos años en la asociación, solo tienen palabras de agradecimiento, aunque comentan que pertenecer a la agrupación no ha sido siempre fácil. La búsqueda de la igualdad, tal y como se plantea en Gure Soroa, supone ir en contra de lo que mucha gente piensa.

«Igualdad. Igualdad en la familia. Tenemos que luchar mucho porque es muy fácil decir, pero luego en casa... Muchas veces tenemos que nadar a contracorriente. A ninguna nos han regalado nada. En Gure Soroa muchas veces decimos que una charla está muy bien, pero no se consigue nada si no se empieza desde casa». (Entrevista 3)

Acudir a Gure Soroa compaginando el trabajo agrario y el doméstico era todo un reto, pero todas concuerdan en que ha merecido la pena. Aunque había maridos que las animaban a participar, no todos veían bien que sus esposas se apuntasen a asociaciones de mujeres.

«Procuraba tener hecha toda la casa para cuando fuera la reunión. Como sabíamos de antemano cuándo eran, si ese día te tenías que levantar una hora antes, te levantabas para que todo estuviera hecho y poder ir». (Entrevista 4)

«Gure Soroa me ha servido para moverme en todos los aspectos. En casa nunca he tenido ningún problema para asistir. Al contrario, cuando se organizaba un viaje de pasar noches fuera, era mi marido el que me animaba a apuntarme. He salido mucho con vosotras y he sido de las socias más activas». (Entrevista 11)

Sin embargo, Gure Soroa ha sido y es un espacio de reivindicación, donde muchas de estas mujeres han descubierto y desarrollado su faceta más reivindicativa.

«Y hemos sacado muchas cosas. Cuando lo de los autobuses para las mujeres, ahí fuimos una vecina y yo al pleno del ayuntamiento. Y cuando lo de los centros de día, ahí estaba yo. Yo nunca he tenido problemas en ir y presentarme. Yo lo que no sé es expresarme bien, pero ir, voy mañana a hablar con quién sea». (Entrevista 4)

Nos hablan de la UAGA como trampolín a Gure Soroa y viceversa, y muchas de ellas han sido y son miembros de ambas a la vez.

«Llevábamos la revista. Allí conocí a mujeres muy válidas. Me hicieron mucho bien esos años. Recuerdo a Nati, que la conocía del valle, y a Lucía, que era tremenda. Lucía decía: “Hay que luchar porque las mujeres tengan aquí la Seguridad Social y que esto cambie, porque las mujeres no pueden estar sin seguro y sin jubilaciones». (Entrevista 7)

Salir. Salir de sus casas, de sus pueblos. Para estas mujeres, y sobre todo para aquellas sin carnet de conducir, poder salir era poder, por primera vez, vivir libremente.

«Libertad. Poder salir y conocer a otras mujeres. Disfrutar con ellas. Los hombres iban a Vitoria y allí se conocían de muchos pueblos, pero las mujeres no, como de normal no salías de casa...». (Entrevista 10)

«Me tuvo que insistir para que me apuntase porque las que no tenemos carnet nos parece que somos como una carga porque nos tienen que llevar y traer». (Entrevista 9)

El carnet es otro de los temas que repiten todas las mujeres. Además de su papel indispensable para el trabajo, ya que permitía conducir tractores o ir

a otros pueblos a por materiales, tener posibilidad de conducir, especialmente en el mundo rural, significaba tener libertad.

«A mí, el carnet me dio media vida, me dio libertad, porque bajaba a Andollu cuando quería. Si no, ¿aquí qué haría?». (Entrevista 1)

«Allí hacía falta. Con el coche eras libre. Cuando una tarde no había mucho trabajo, me cogía el coche y a mi hija y me iba a Otaza a visitar a mi familia. Si solo hubiera tenido carnet mi marido, ¿qué?». (Entrevista 10)

La mayor parte de las mujeres de la época no se sacó nunca el carnet. Estaba visto como algo innecesario y, en el momento de obtenerlo, muchas ni siquiera se lo plantearon como una posibilidad, aunque a día de hoy admiten que quizá sí que deberían haberlo hecho.

«No sé por qué no lo saqué. ¿Por pereza? No sé... Mis hijos me decían: “Mamá, tú no te preocupes, que te vamos a llevar a todos los sitios”, y la verdad es que nunca me ha dicho nadie que no me llevaba a algún lado». (Entrevista 2)

Algunas de ellas se sacaron el carnet después de casarse, convencidas de que era imprescindible tenerlo, sobre todo en un pueblo.

«Ya había decidido antes de casarme que me lo iba a sacar. Venía a vivir a un pueblo donde no había tren ni autobús. ¡A ver si me iban a llevar siempre! Yo siempre he dicho que, en un pueblo, para una mujer el carnet es más importante que comer, es algo imprescindible; te da libertad». (Entrevista 3)

«El carnet lo saqué a la primera. Me dio una llorera al final del examen y me preguntó el profesor que por qué lloraba si lo había hecho bien. Era de la

emoción. Mi padre compró un coche que se quedó en la casa». (Entrevista 4)

Sacarse el carnet no siempre era algo fácil, sobre todo por las opiniones y reticencias de los padres y maridos. Casi todas estas mujeres fueron las primeras en su familia en tener el carnet de conducir.

«Me dieron 4.700 pesetas. Me dijeron que era para que me comprase una pulsera que me gustara y yo dije: “¡Esta es la mía!”, y me saqué el carnet. A mi padre no le hizo gracia. No estaba por la labor, pero luego mira lo que me ha hecho falta... Entonces no lo tenía ninguna mujer en la familia y en el ayuntamiento solo éramos dos. Recuerdo que les dije a mis hermanos: “¿Para qué quiero yo una pulsera? Yo quiero tener carnet”». (Entrevista 5)

«Mi madre me decía: “¿Tú para qué vas a sacar carnet? Tienes el autobús que pasa por Ali. ¿Qué falta te hace?”, y mi marido le contestaba: “¿Qué tiene que ver eso? ¿Y si un día se le antoja ir a donde quiera?”. Luego, con el tiempo, cuando mi madre me pedía que la llevara a Abornicano con el coche, [mi marido] siempre le respondía de guasa: “¿Pero no decías que no tenía que sacarse el carnet?”». (Entrevista 10)

En otros casos, fueron los propios padres quienes, conscientes de la importancia de poder moverse entre pueblos, animaban a sus hijas a sacárselo.

«Fuimos a Vitoria y nos lo sacamos. Mi padre decía que teníamos que tener carnet y coche para poder salir». (Entrevista 7)

Ahora que muchas han dejado el trabajo agrario y están ya jubiladas, la importancia del carnet queda más patente que nunca: significa poder moverse

con libertad y solas.

«Yo veo mujeres que no saben cómo decirle al marido que las lleve a la piscina si está pasando el tractor. Eso no puede ser, es una pena. No pueden decidir ir a Villanueva a hacer un cursillo como hago yo». (Entrevista 7)

Gure Soroa ha servido como nexo y espacio de encuentro para mujeres agrarias que, incluso estando a pocos kilómetros de distancia, no se habrían conocido nunca. Un espacio de interrelaciones y amistades.

«Gure Soroa se ideó en un curso al que asistimos mujeres agrarias alavesas. Nos dimos cuenta de que estando a veces en pueblos tan cercanos, a pocos kilómetros unas de otras, no nos conocíamos, y pensamos qué se podría hacer para que después de terminar las dos semanas que duraba el taller no se desvaneciera la armonía que se había creado. Y allí empezamos con las de Menagarai, que también estaban muy activas». (Entrevista 12)

«Me sirvió para abrirme y hablar con otras mujeres como yo. A algunas las conocía, pero nunca había hablado con ellas hasta que estuve allí». (Entrevista 14)

La asociación ha sido en algunos casos un trampolín para la participación de estas mujeres en otras entidades y asociaciones, donde también tuvieron que alzar su voz para ser escuchadas.

La creación de Gure Soroa supuso la creación de un espacio donde canalizar su inconformismo ante el sistema patriarcal, sus reivindicaciones como mujeres y como agrarias para poder transformar las relaciones de género tan negativas para las mujeres; un proceso de empoderamiento personal y colectivo.

Así, estas protagonistas son mujeres agricultoras y/o ganaderas que, bien desde el Sindicato, la presidencia de una Junta Administrativa o la Asociación, han asumido su poder y capacidad de influir en su entorno para mejorar su vida y las de las mujeres agrarias. La participación posibilita la canalización del inconformismo ante las desigualdades existentes entre mujeres y hombres.

Son mujeres que han vivido en una sociedad en la que la religión y la cultura han sido difíciles de separar. Patrones que justifican el mayor control sobre las mujeres, con las consiguientes discriminaciones contra ellas. El pecado y la culpa han sido utilizados para controlar el sexo, y la política reproductiva, el cuerpo de la mujer, y asociado a ello el trabajo de cuidado que de manera natural han tenido que realizar nuestras protagonistas.

Mujeres que se han atado a la tierra, en pequeños pueblos donde puede parecer que han permanecido impasibles, encorsetadas en estructuras sociales donde no hacer lo que hay que hacer supone una fuerte presión y mantener la autonomía es difícil, pero que han trabajado, y mucho. Ahora bien, trabajar la tierra, trabajar en casa propia o cobrar por trabajar en casa ajena no es un trabajo «a-preciado», sino «des-preciado», como demuestran las pensiones con las que muchas mujeres del campo tienen que vivir, o subsistir.

Han sido mujeres educadas para ser madres, hijas y esposas que a lo largo de sus vidas han sido agricultoras, propietarias de explotación, empresarias, asalariadas... Luchadoras para dar al trabajo del campo el reconocimiento que merece. A pesar de que las barreras estructurales y las normas sociales discriminatorias, continúan ganando espacio al sistema ahora para disfrutar de su soledad, esa deseada de la que nunca antes habían podido disfrutar.

Mujeres que han tomado las riendas de su vida, con toda la responsabilidad de sus seres queridos. Trabajadoras incansables que han llevado una casa desde edades tempranas; con la iniciativa necesaria para reinventarse cuando ha sido necesario y, con su buen hacer, sacar adelante

su propia explotación hasta conseguir, en este caso, el tan merecido reconocimiento; agentes de transformación social trabajando por las causas en las que creen, como lo pueden ser el euskera, el trazado de una carretera o la parada de un autobús. Mujeres con la libertad de querer mantener sus orígenes, su tierra, su familia, su identidad.

Son mujeres valientes que rompieron con los moldes tradicionales, cambiaron las tendencias de la moda, introdujeron avances técnicos... Sin embargo, como su voz, su experiencia y su saber *a priori* no valía como la de los hombres, se unieron para tener su espacio en Gure Soroa y junto a otras mujeres iniciaron un proceso de toma de conciencia. Y desde entonces, desafiando los comentarios de familias, vecinas y vecinos, y en contra de las normas no escritas pero claramente establecidas, no han dejado de avanzar en su propia liberación, con pequeños pero certeros pasos de independencia y autonomía.

Y ahora, con su edad y experiencia y ya jubiladas, si tienen ocasión, siguen teniendo claras sus reivindicaciones para el campo, cada vez más conscientes de la necesidad del cambio y la importancia de poner la vida y su cuidado en el centro. Encontrando en cada debate de la asociación nuevas creencias que requieren una revisión de las diferentes desigualdades. Ahora el reto es que hombres y mujeres protejan y apuesten por cuidar la vida y el campo. Que haya realmente un reconocimiento y visibilidad de la agroganadería como actividad fundamental para dichos objetivos.

Paso a paso nosotras, las mujeres de nuestra generación, hemos llegado hasta aquí. Ahora os toca a las nuevas generaciones seguir trabajando para alcanzar mayores cotas de igualdad y, por tanto, de justicia social.

# NUESTRAS PROTAGONISTAS





